

IM GARTEN EDEN

FTMASSANA

IM GARTEN EDEN

Primera edición: abril de 2015

© 2015 Ferran Torrelles Masana

Autoría, diseño y edición: Ferran Torrelles Masana (FTMasSana)

Contacto: mail@imgarteneden.com

LA PRESENTE OBRA ES **GRATUITA** Y SE ANIMA A SU REPRODUCCIÓN,

DISTRIBUCIÓN, COMUNICACIÓN PÚBLICA Y DIFUSIÓN

PARA EL **DISFRUTE** DE QUIEN LE VENGA EN GANA,

SIEMPRE Y CUANDO SE HAGA SIN ÁNIMO DE LUCRO

Y PRESERVANDO LA AUTORÍA.

SE AGRADECERÁ ETERNAMENTE CUALQUIER

RESEÑA, CRÍTICA O COMENTARIO.

• Im garten Eden •

de FTMasSana

1938

A la sombra de una gran montaña nevada, Bruno se detuvo con tal de descansar las piernas. Él, el guía y una mula vieja llevaban más de cinco horas de camino bajo el sol de Himalaya, un sol majestuoso y asfixiante que gobernaba en un cielo despejado, carente de nubes, más puro y sereno a estas altitudes propias de los dioses —se decía Bruno en un achaque romántico—. La intensidad del sol ocasionaba que el recuerdo del helor de aquella madrugada al partir del campamento todavía de noche ahora pare-

ciera embustero, casi irreal, y que en la mente de Bruno el tórrido ascenso por la ladera aflorara como la única realidad posible en una tierra tan desolada. «El Himalaya es una tierra de lamas, de magia y de muerte; es una tierra olvidada por los dioses», reflexionó Bruno.

Bruno se sentó en una roca trapezoidal producto de algún desprendimiento reciente del muro que en aquel momento tenían a su derecha, y tras echarle una ojeada a la consistencia de la pared que iba a cobijarle en su sombra, se lió un cigarrillo con el poco tabaco que aún le quedaba en la mochila. Éste estaba seco y olía igual que la paja en que dormían los yaks, pero Bruno no era un alemán remilgado de esos que solían frecuentar el *Hotel Adlon* o las fiestas berlinesas, así que se conformó con aquel pequeño atisbo de civilización con el que aún podía contar deleitarse.

Junto a la mula de carga, el guía e interprete que contratara en Calcuta, Siawi *der Übermensch* —«*el superhombre*» le llamaban en broma los colegas de

Bruno—, estaba remontando los últimos metros de pendiente que le separaban de su amo, cuando Bruno tomó consciencia del largo camino recorrido al vislumbrar la llanura desértica que se extendía a lo lejos. Detrás ella, al norte se divisaba aún la silueta borrosa del campamento base, donde aguardaban sus compañeros de la *Abnenerbe*, organización cuyo propósito era la investigación de la herencia ancestral alemana, y que gozaba de la gracia de estar tutelada por el gobierno nazi del Tercer Reich.

Tras escupir el culo del cigarrillo, Bruno lo encendió resguardando la llama del viento con una mano algo temblorosa por el esfuerzo físico, y con las primeras bocanadas de humo sus pensamientos empezaron a volar entorno a su situación y su particular transcendencia. Los miembros de la *Abnenerbe* habían viajado miles de kilómetros desde Alemania a Calcuta, y de ahí a las puertas del cielo, a Gangtok, en el Himalaya, con tal de estudiar elementos tan variopintos como el origen atlante de la raza aria, las reliquias

mágicas tibetanas o los conductos que se decía comunicaban desde aquel punto del globo con la oquedad terrestre. Bruno era el antropólogo del grupo, y había estado recopilando en las últimas semanas minuciosos apuntes sobre la antropometría de las gentes tibetanas, midiendo sus cráneos y confeccionando moldes de sus caras afables. A juicio de Bruno, claramente algunos rasgos de la raza tibetana denotaban la sangre hiperbórea que compartían con los germánicos, aunque aún le quedaba mucho camino por recorrer para poder afirmar que los datos fueran concluyentes; como buen científico de la *ciencia aria* —había apuntado más de una vez en conversaciones con sus colegas—, él era simplemente un instrumento de la verdad, y ésta emanaría de la investigación, sirviéndose de la pasión, de forma autónoma, igual que el río que fluye hasta el mar.

Sin duda una expedición con unos objetivos tan audaces requería de un comandante igual de intrépido. El elegido para dicho fin fue Ernst Schäfer, un

naturalista feroz que gozaba de las simpatías de la cúpula militar. Pero pese a que Ernst lideraba la compañía por motivos más bien políticos, éste ocultaba serios recelos ante las delirantes teorías sobre el origen atlante de los alemanes que Heinrich Himmler, verdadero padrino del proyecto en que estaban inmersos, promulgaba. Bruno intuía tal escepticismo, y por ello despreciaba a Ernst, el cual consideraba un sádico y un traidor. Un sádico por practicar la caza de forma obsesiva: realmente aquel viaje para Ernst era sólo un pretexto para dar rienda suelta a sus filias homicidas —opinaba Bruno, que en más de una ocasión le había visto beber la sangre de sus presas—. Y un traidor por despreciar las tesis de los padres del *Großdeutsches Reich*, que tanto les habían dado y que tanto amaban su Raza. Como los alquimistas habían precedido a los científicos modernos, el conocimiento ocultista era a todas luces —creía firmemente Bruno— la puerta a las ciencias del mañana.

Por esta razón, por el dudoso compromiso del lí-

der de la expedición con las facetas más trascendentes de la investigación, Himmler había decidido confiar en Bruno, y no en Ernst, la misión principal de aquella odisea transtibetana por el tejado del mundo. El mismo Himmler en persona había encomendado a Bruno la tarea: se trataba de hallar un antiguo ritual secreto, ya perdido, que según se decía era capaz de invocar al mítico rey Gesar. Puesto que el amparo del espíritu guerrero de dicho rey de leyenda daría la victoria al *Führer* en cuantas batallas tuviera que acometer en el futuro —dijo Himmler a Bruno—, y en vistas de los recelos que en Europa estaban despertando las aspiraciones legítimas de la Alemania nazi, no tardarían en requerir de semejante ayuda. Por eso Bruno no podía fallar en su cometido. En parte, el futuro de su gente, de su raza y de su patria, estaba en sus manos, y eso hacía que Bruno se sintiera como un héroe germánico de antaño, como uno de aquellos que alababan las sagas nórdicas. Aunque él no tuviera que enfrentarse ni con dragones ni con gigantes de la

escarcha, su misión se presentaba igualmente complicada y peligrosa.

De momento, la única pista que tenía Bruno sobre el posible paradero del *ritual* era un quebradizo mapa medieval que Himmler le facilitó antes de partir. En él se describían cordilleras y ríos de nombres ya olvidados, pueblos desaparecidos u otros hitos geográficos que los siglos habían ofuscado. Además, por si esto no fuera suficiente, la leyenda del mapa estaba redactada en sánscrito, un idioma que Bruno desconocía, salvo las cuatro palabras clave que había memorizado con tal de ser capaz reconocer el ritual de invocación si llegaba a posarse ante sus narices. Aquí es donde entraba en juego Siawi, el guía e intérprete, pieza indispensable de aquella misión secreta. Tan secreta que ninguno de sus compañeros de la *Ahnenerbe* estaba al corriente de los pormenores de la misma, y su marcha aquella mañana había propiciado algún que otro cuchicheo perspicaz. «Órdenes del *Führer*, máximo secreto», había alegado Bruno ante la

mirada indagatoria de su amigo Karl Wienert.

Pero al fin Bruno había emprendido su gran misión, y ahora, apoyado en una roca fumaba y rememoraba todo lo ocurrido; una sucesión de acontecimientos que le trasladaban desde un oscuro despacho en Alemania, hasta aquel camino pedregoso en las mismísimas cumbres del Himalaya.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó Bruno al guía mientras apuraba la colilla del cigarrillo.

Siawi, que acababa de llegar, tardó unos segundos en responder:

—Es lo que parecen indicar todas las señales señor Beger —dijo una vez recuperó el aliento—, pero no puedo asegurarlo al cien por cien... Ahí está el “Pico del Sol”, y no lejos de aquí fluyen dos ríos que dibujan una esvástica, como marca el mapa; el templo, no debe quedar muy lejos —y el guía terminó la frase más como una súplica que como una afirmación, bajando progresivamente el tono de su voz melodiosa

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

